



EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

07 de Junio de 2026

El Juramento de Jesús

En 1844 (p.3)

**El Poder de la
Voluntad-**
E. G. White (p. 9)

**¿Cuál es la
definición de
pecado? J- García**
(p.12)

**¿En manos de
quién está la
vida? - F.F.**
Bastidas (p.18)

**Prédica en
Samaría -**
Migdalia C (p.21)





¿SIGUE JESÚS ESPERANDO QUE LE CREAN?

En 1844, Jesús alzó la mano y juró. No prometió: juró. Juró que el tiempo profético no sería más. Sin embargo, hoy miles de adventistas siguen calculando fechas, construyendo cronologías y predicando nuevos plazos como si ese juramento nunca hubiera existido.

¿Alguien les avisó que hacerlo es llamar mentiroso a Cristo?

Este número de Antorcha Profética confronta esa pregunta desde distintos ángulos. Elena de White dejó escrito que la voluntad es el poder gobernante de la naturaleza humana: mientras no rindamos esa voluntad al Señor, toda la doctrina que acumulemos no pasará de ser un ejercicio intelectual. Y aquí está el problema. Estamos llenos de conocimiento profético y vacíos de rendición.

John García plantea la pregunta que la mayoría evita: ¿qué es, exactamente, el pecado? No la versión suavizada que hoy circula en los púlpitos, sino la única que da la Biblia: transgresión de la ley. Si no sabemos qué es el pecado, no sabremos de qué arrepentirnos. Y si no sabemos de

qué arrepentirnos, todo llamado al evangelio es ruido.

FF Bastidas añade la dimensión que más incomoda: ¿en manos de quién está realmente tu vida? La respuesta honesta define si eres creyente o simplemente religioso.

Y Migdalia Carpio nos lleva a Samaria, donde Felipe predicó y la ciudad entera se llenó de gozo. Sin cálculos. Sin fechas. Solo Cristo.

Eso es lo que falta hoy.

¿Estás dispuesto a revisar en qué cimientos descansa tu fe?

Suyos en Cristo, los Editores

EDITORIA:

www.antorchaprofetica.site

DIRECTOR:

John García.

johngarcia144000@gmail.com

+34.650.86.38.11

YOUTUBE:

<https://www.youtube.com/>

@antorchaprofetica

INSTAGRAM:

<https://www.instagram.com/>

antorchaprofetica/

FACEBOOK:

<https://www.facebook.com/>

[LaAntorchaProfetica](https://www.facebook.com/LaAntorchaProfetica)

EL JURAMENTO DE JESÚS EN 1844

Por: John García

Contexto profético: entre la sexta y la séptima trompeta

Apocalipsis 10 se ubica cronológicamente entre la sexta y la séptima trompeta. El libro del Apocalipsis dedica el capítulo 8 a las cuatro primeras trompetas, que representan la caída del Imperio Romano occidental a manos de las tribus bárbaras. El capítulo 9 aborda la quinta trompeta, que señala el castigo al Imperio Romano de Oriente mediante las tribus musulmanas, y la sexta trompeta, que describe el avance musulmán en Europa, primero como tribus y luego como Imperio Otomano, hasta culminar en su destrucción. El cumplimiento histórico de la sexta trompeta corresponde al 11 de agosto de 1840, fecha de la caída del Imperio Otomano, evento que Josías Litch había



predicho dentro del movimiento milerita.

Inmediatamente después de la sexta trompeta y antes del comienzo de la séptima, tienen lugar los eventos

descritos en Apocalipsis 10. Este capítulo, por tanto, se sitúa proféticamente en el período que comienza en 1840.



El ángel poderoso y el librito abierto

El versículo 1 de Apocalipsis 10 describe a un ángel poderoso que desciende del cielo, rodeado de una nube, con el arcoíris sobre su cabeza, el rostro resplandeciente como el sol y los pies como columnas de fuego. Estas características son semejantes a la visión de Apocalipsis 1, lo que permite identificar a este ángel como una representación de Jesucristo. Esto significa que Jesús entra personalmente en escena para dirigir una obra especial en la tierra.

El versículo 2 indica que este ángel tenía en su mano un librito abierto, con el pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra. Para comprender qué es ese librito, es necesario acudir al libro de Daniel.

El libro sellado de Daniel y el tiempo del fin

En Daniel 12:4, Dios le ordena al profeta: "Tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin; pasarán muchos y se

multiplicará la ciencia." El libro de Daniel habría de permanecer sellado —incomprendido— hasta el tiempo del fin, momento en que el conocimiento profético se multiplicaría.

Cuando Daniel pregunta cuándo llegará ese tiempo del fin (Daniel 12:5-6), el varón vestido de lino que estaba sobre las aguas del río alzó su diestra y su siniestra y juró por el viviente de los siglos. El juramento indica que ese tiempo sería "por tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo", es decir, 1.260 días proféticos o 1.260 años. Al final de esos 1.260 años —que concluyen en 1798— el libro de Daniel permanecería cerrado. Sin embargo, a partir de 1840 ese libro aparece ya abierto en la visión de Apocalipsis 10, porque el tiempo del fin ha llegado.

El juramento de Jesús en Apocalipsis 10

Tras el clamor del ángel —semejante al rugido de un león— y la voz de los siete truenos, Juan iba a escribir lo que estos habían dicho, pero una voz del cielo le ordenó: "Sella las cosas que los siete truenos han dicho y no las escribas" (Apocalipsis 10:4). Esa revelación quedó, por tanto, sin ser escrita.

En el versículo 5 el ángel levanta su mano al cielo y jura por el que vive para siempre jamás —el Padre, creador del cielo, la tierra y el mar— que el tiempo no sería más, sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando este comenzara a tocar su trompeta, el misterio de Dios sería consumado, conforme a lo anunciado a sus siervos los profetas. Aquí reside el juramento que Jesús hace en el período comprendido entre 1840 y 1844.

Conviene recordar, en este punto, que Dios interpone el juramento no porque su palabra sea incierta, sino por causa nuestra. Como señala el apóstol Pablo, cuando Dios añade juramento a su promesa lo hace para que sea imposible pensar que miente. Es una reafirmación solemne dirigida a quienes, como seres humanos, a veces dudan de que Dios no cambia de parecer.

El significado del juramento: el tiempo profético no será más

El juramento declara que "el tiempo no sería más". Dado que los períodos ordinarios del tiempo cotidiano han continuado transcurriendo con normalidad desde entonces hasta nuestros días, esta expresión no puede

referirse al tiempo ordinario. Tampoco alude al tiempo de gracia, pues inmediatamente después el Señor encarga a Juan que vuelva a profetizar a pueblos, naciones, lenguas y reyes, lo que implica que la oportunidad de arrepentimiento continúa abierta. La expresión señala, pues, al tiempo profético. El Espíritu de Profecía, en el Manuscrito 59 de 1900 —citado en el Comentario Bíblico Adventista—, lo confirma con precisión:

"Ese tiempo que el ángel declara con un solemne juramento no es el fin de la historia del mundo ni del tiempo de gracia, sino del tiempo profético que precederá al advenimiento de nuestro Señor. Es decir, la gente no tendrá otro mensaje acerca de un tiempo definido. Después de este lapso que ahora



abarca desde 1842 a 1844, no puede haber ningún cómputo definido de tiempo profético. El cálculo más prolongado llega hasta el año 1844."

El mismo manuscrito identifica al ángel poderoso como Cristo, cuya posición con un pie en el mar y otro en la tierra denota su supremo poder y autoridad sobre toda la tierra, indicando que la proclamación del mensaje cruzaría los océanos y alcanzaría a todos los continentes.

Daniel y Apocalipsis: un solo libro

El Espíritu de Profecía señala que los libros de Daniel y Apocalipsis son, en realidad, uno solo: Daniel es la profecía sellada y Apocalipsis es la revelación abierta. Así como a Daniel se le ordenó cerrar su libro, a Juan se le ordenó sellar lo que dijeron los siete truenos. La apertura del librito en Apocalipsis 10 representa precisamente el mensaje relacionado con los períodos proféticos de Daniel, que habían permanecido incomprendidos y fueron entregados abiertos a la iglesia que vivía en el tiempo de la sexta trompeta: el movimiento milerita.

Los mileritas —liderados por William Miller y colaboradores como Josías Litch— fueron, en ese momento, los

únicos creyentes que comprendían las profecías de Daniel y sus períodos de tiempo. Ese libro abierto les fue entregado como remanente fiel, con independencia de sus denominaciones de origen.

Dulce en la boca, amargo en el vientre: el gran chasco de 1844

El versículo 9 describe que Juan debía tomar el librito y comerlo: sería dulce en la boca como la miel, pero amargaría el vientre. Comer el libro significa leerlo, comprenderlo y asimilarlo de tal manera que llegue a ser parte integral de la vida y del ser de la iglesia. La profecía de Daniel 8:14 fue el fundamento dulce del mensaje milerita, que apuntaba al 22 de octubre de 1844. Pero el 23 de octubre llegó sin que Jesús regresara como se esperaba, provocando el gran chasco.

La amargura tuvo su causa en que los mileritas habían predicado el mensaje al mundo, habían vendido sus propiedades y aguardaban el regreso de Cristo. El error estuvo en identificar el santuario con la tierra, de modo que la purificación del santuario de Daniel 8:14 fue interpretada como la segunda venida. El santuario, en realidad, es el que está en el cielo, y la purificación



alude a una obra que aún quedaba por realizarse allí antes del advenimiento. El Espíritu de Profecía señala que Dios cubrió ese error deliberadamente, y que los siete truenos descritos por Juan contenían precisamente los eventos que iban a suceder —el chasco incluido— durante la predicación del primer y del segundo mensajes angélicos. Dios no quiso que la iglesia conociera de antemano esos eventos, porque su fe debía ser probada y porque ese conocimiento previo no habría sido de beneficio espiritual.

La amargura del chasco alcanza también a quienes hoy sostienen la doctrina de 1844, pues evangélicos y católicos continúan burlándose de esa fecha y acusando a la iglesia de haberla inventado para cubrir un error. Es un oprobio que persiste y que vincula a la comunidad creyente actual con la experiencia de los milleritas.

La comisión vigente: profetizar otra vez

Superada la amargura, el versículo 11 entrega un mandato que sigue vigente: "Necesitas profetizar otra vez a muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes." Esta es la comisión del tercer mensaje angelical, que comenzó tras el chasco de 1844 y continúa hasta hoy. La posición del ángel —un pie en el mar y otro en la tierra— significa que el mensaje ha de cruzar los océanos y proclamarse en todo el mundo, incluyendo a los reyes de las monarquías europeas y de otros lugares.

La comisión implica profetizar, es decir, explicar las profecías bíblicas —las ya cumplidas y las que aún esperan cumplimiento—, sin especulaciones, sin teorías de conspiración, sin alarmismo y sin períodos proféticos de tiempo. El mensaje del tercer ángel, así como el del

cuarto de Apocalipsis 18, no incluye ni puede incluir ninguna profecía de tiempo.

Implicaciones para el tiempo presente

Quien en la actualidad predica un tiempo o un rango de tiempo profético —sean 1.260 días, 1.290 días, 1.335 días o cualquier cómputo análogo que se extienda más allá de 1844, como los sistemas basados en los 6.000 años o cualquier fecha futura específica— está contradiciendo el juramento solemne de Jesucristo. Puesto que Jesús no miente, y con mayor razón cuando ha empeñado juramento, o mienten quienes proclaman esos tiempos, o miente Jesús. La conclusión es evidente.

Esta verdad quedó triplicemente establecida: primero, porque el Señor Jesús lo juró; segundo, porque Juan lo escribió en el Apocalipsis; y tercero, porque el Señor Jesús se lo re-explicó a la profeta. Los pioneros adventistas la consignaron como consenso doctrinal: ninguna profecía de tiempo puede extenderse más allá de 1844.

El llamado para quienes creen esta palabra es, por tanto, concreto: desterrar toda especulación sobre tiempos futuros definidos, separarse de todo ministerio, grupo o persona que incorpore profecías de tiempo en su predicación, y consagrarse a proclamar fielmente las profecías de Daniel y Apocalipsis —la bestia, su imagen y su marca— sin período ni cálculo profético alguno. Esa es la obra que el Señor Jesús encomendó y que permanece hasta que el misterio de Dios sea consumado.

PARA MEDITAR:

El ángel poderoso que instruyó a Juan era nada menos que Cristo.

Cuando coloca su pie derecho en el mar y su pie izquierdo sobre la tierra seca, muestra la parte que desempeña en las escenas finales del gran conflicto con Satanás. Esta posición denota su supremo poder y autoridad sobre toda la tierra. El conflicto se ha intensificado y agudizado de una época a otra, y seguirá intensificándose hasta las escenas finales, cuando la obra magistral de los poderes de las tinieblas llegará al máximo. Satanás junto con los hombres impíos, engañará a todo el mundo y a las iglesias que no reciban el amor de la verdad. Pero el ángel poderoso exige atención. Clama en alta voz. Debe mostrar el poder y la autoridad de su voz a aquellos que se han unido con Satanás para oponerse a la verdad.

Después de que **los siete truenos** emitieron sus voces, se le ordena a Juan, como a Daniel, con respecto al librito: "Sella las cosas que los siete truenos han dicho". Estas cosas se refieren a sucesos futuros que serán revelados a su debido tiempo. Daniel recibirá su heredad al fin de los días. Juan ve el librito al cual le han quitado los sellos. De esto se deduce que las profecías de Daniel tienen su aplicación en la proclamación al mundo de los mensajes del primero, del segundo y del tercer ángel. La apertura del librito era el mensaje en relación con el tiempo. Los libros de Daniel y el Apocalipsis son uno. El primero es una profecía; el otro, una revelación; uno es un libro sellado; el otro, un libro abierto. Juan escuchó los misterios que pronunciaron los truenos; pero se le ordenó que no los escribiera. La luz especial que se le dio a Juan, expresada en los siete truenos, era un bosquejo de sucesos que debían ocurrir bajo los mensajes de los ángeles primero y segundo. No era lo mejor para la gente conocer esos eventos, porque su fe debe necesariamente ser probada. El plan de Dios era que se proclamaran verdades más

maravillosas y avanzadas. Los mensajes de los ángeles primero y segundo debían ser proclamados; pero no había de revelarse mayor luz antes que esos mensajes hubiesen hecho su obra específica. Esto se representa por medio del ángel que estaba parado con un pie en el mar, proclamando con un solemne juramento que el tiempo no sería más.

Este tiempo, el que el ángel declara con un solemne juramento, no es el fin de la historia del mundo ni del tiempo de gracia, sino del tiempo profético que precederá al advenimiento de nuestro Señor; es decir, la gente no tendrá otro mensaje acerca de un tiempo definido.

Después de este lapso, que ahora abarca desde 1842 a 1844, no puede haber ningún cómputo definido de tiempo profético. El cálculo más prolongado llega hasta el otoño de 1844.

La posición del ángel —un pie sobre el mar el otro sobre la tierra— significa la extensión de la proclamación del mensaje. Cruzará los anchos océanos y será proclamado en otros países en todo el mundo. La comprensión de la verdad, la alegre recepción del mensaje, están representadas por el acto de devorar el librito. La verdad en cuanto al advenimiento de nuestro Señor era [es] un precioso mensaje para nuestras almas (MS 59, 1900 - ene Cristo Triunfante del 3 de diciembre).

"Y el ángel que vi en pie sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo, y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó los cielos y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más". Apocalipsis 10:5, 6. **Este mensaje anuncia el fin de los períodos proféticos.** El chasco de los que esperaban ver al Señor en 1844 fue muy amargo para los que habían aguardado tan ardientemente su aparición. Dios permitió que ocurriera este chasco, y que los corazones se manifestaran. 2MS 123,2-2MS 123,3

EL PODER DE LA VOLUNTAD

EGW en *The Health Reformer*,

1 de Enero de 1871

A continuación presento la traducción íntegra y fiel del capítulo titulado "**Will-Power**" (El poder de la voluntad), publicado originalmente el 1 de enero de 1871 en la revista *The Health Reformer*:

El poder de la voluntad

La enfermedad es, en gran medida, la falta de voluntad. Todo es cerebro. No hay solo pensamiento y sentimiento, sino voluntad; y la voluntad incluye en sí mucho más de lo que piensan los filósofos de la mente. Actúa universalmente; ora sobre la mente, y luego del mismo modo sobre el cuerpo. Es otro nombre para la fuerza vital. Los hombres en quienes esta vida, o el poder de la voluntad, es grande, resisten la



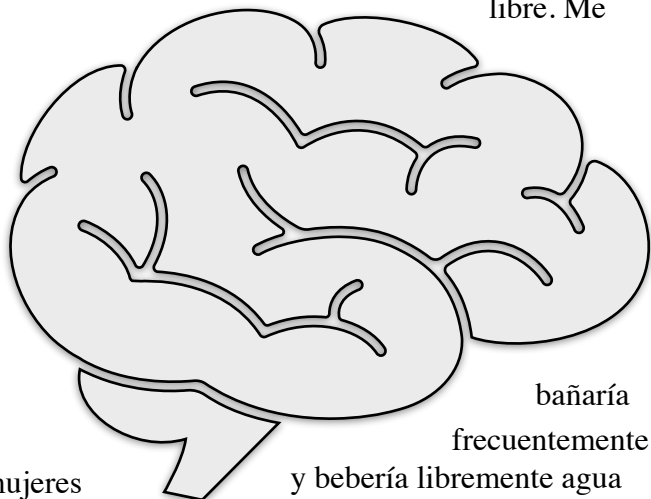
enfermedad y la combaten cuando son atacados. Poner la mente de un hombre contra su enfermedad es el arte supremo de la medicina. Inspirad en el hombre valor y propósito, y el poder de la mente expulsará la enfermedad. "No le pasa nada. Es solo su imaginación",

dijo la enfermera un día. ¿“Solo” la imaginación?—eso es suficiente. Mejor sufrir en los huesos y los músculos que en la imaginación. Si el cuerpo está enfermo, la mente puede curarlo; pero si la mente está enferma, ¿qué puede curarla?.

Mientras mi ojo recorría las líneas anteriores, sentí la fuerza de las mismas. Al viajar, he conocido a muchos que eran realmente sufrientes a causa de su imaginación. Carecían del poder de la voluntad para elevarse y combatir la enfermedad del cuerpo y de la mente; y, por lo tanto, se mantenían en una esclavitud de sufrimiento. Una gran parte de esta clase de inválidos se encuentra entre los jóvenes.

A veces me encuentro con mujeres jóvenes acostadas en cama, enfermas. Se quejan de dolor de cabeza. Su pulso puede ser firme y ellas estar llenas de carnes; sin embargo, sus pieles cetrinas indican que están biliosas. Mis pensamientos han sido que, si yo estuviera en su condición, sabría de inmediato qué rumbo seguir para obtener alivio. Aunque me sintiera indispuesta, no esperaré recuperarme

permaneciendo acostada en la cama. Traería el poder de la voluntad en mi ayuda, dejaría mi cama y me dedicaría al ejercicio físico activo. Observaría estrictamente hábitos regulares de levantarme temprano. Comería con moderación, aliviando así mi sistema de cargas innecesarias, fomentaría la alegría y me daría los beneficios del ejercicio adecuado al aire libre. Me



bañaría frecuentemente y bebería libremente agua pura y blanda. Si se siguiera este rumbo con perseverancia, resistiendo la inclinación a actuar de otro modo, obraría maravillas en la recuperación de la salud.

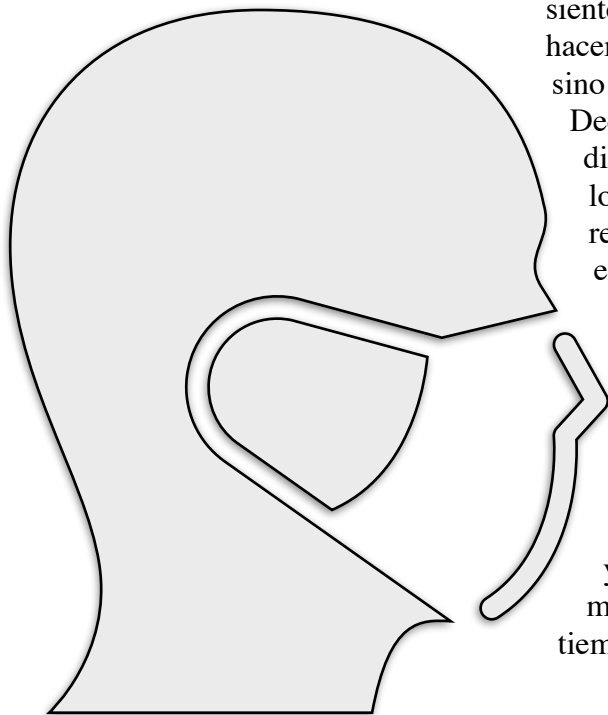
Me siento triste por aquellos que no solo están engañados ellos mismos pensando que están enfermos, sino que son mantenidos engañados por sus padres y amigos, quienes

consienten sus dolencias y los liberan del trabajo. Si estos estuvieran situados de tal manera que se vieran obligados a trabajar, apenas notarían las dificultades que, mientras son indolentes, los mantienen en cama. El ejercicio físico es una bendición preciosa tanto para las dolencias mentales como para las físicas. El ejercicio, con alegría, resultaría, en muchos casos, ser un restaurador muy eficaz para el inválido quejumbroso. El empleo útil pondría en ejercicio los músculos debilitados, avivaría la sangre estancada en el sistema y

despertaría al hígado torpe para que realice su trabajo. La circulación de la sangre se igualaría y todo el sistema se vigorizaría para superar las malas condiciones.

Con frecuencia me aparto de la cabecera de estos inválidos hechos a sí mismos, diciéndome: Muriendo por pulgadas, muriendo de indolencia, una enfermedad que nadie sino ellos mismos puede curar. A veces veo a hombres y mujeres jóvenes que podrían ser una bendición para sus padres si compartieran con ellos los cuidados y las cargas de la vida. Pero no sienten ninguna disposición para hacer esto, porque no es agradable, sino que conlleva cierto cansancio.

Dedican gran parte de su tiempo a diversiones vanas, descuidando los deberes que les corresponde realizar para obtener una experiencia que será de gran valor para ellos en sus futuras batallas con las dificultades de la vida real. Viven solo para el presente y descuidan las aptitudes físicas, mentales y morales que los capacitarían para las emergencias de la vida y les darían confianza en sí mismos y respeto propio en tiempos de prueba y de peligro.



LA NATURALEZA DE CRISTO

Según la teología de Waggoner VERSUS la de Andreasen

John Garcia



Objetivo del estudio

El presente estudio examina la naturaleza de Cristo desde dos perspectivas diferenciadas: la posición predicada por los pastores Waggoner y Jones, y la posición que enseñó posteriormente M. L. Andreasen, padre de la denominada teología de la última generación. El objetivo es mostrar que, además del desvío doctrinal que existe en la corporación adventista sobre este tema, hay también un desvío entre quienes siguen la corriente de Andreasen y el mensaje que Dios envió a su pueblo por medio de Waggoner y Jones.

Resumen del mensaje: doce puntos principales

El mensaje que Dios envió a su pueblo puede resumirse en doce puntos agrupados en cuatro grandes categorías: nosotros, Cristo, su justicia y nuestra justicia.

En lo que respecta a nosotros, los tres primeros puntos son: (1) es imposible guardar la ley por la carne débil que heredamos —conforme a Romanos 8—; (2) nacimos bajo la ley, injustos, esclavos y rebeldes desde el vientre; (3) nos apartamos de Dios, andamos en la carne, crucificamos el espíritu y cauterizamos nuestra conciencia; (4) por eso se cumple en nosotros la injusticia y la maldad.

En cuanto a Cristo, los puntos cuatro al siete establecen que Dios envió a su Hijo —Hijo literal— en carne de pecado; que las dos naturalezas —divina y humana— se unieron misteriosa e indisolublemente en él; y que Cristo manifestó la justicia de Dios al ser tentado como nosotros y vencer, al morir y resucitar, y al ascender llevando al cielo el pecado nuestro, con lo cual contaminó el santuario celestial. De estas tres maneras Cristo condenó al pecado en la carne.

Finalmente, en cuanto a nuestra justicia, Cristo nos justifica desde el

cielo, nos da fe, y con la fe recibimos su justicia, la cual se manifiesta en crucificar la carne con sus pasiones y deseos, y en andar conforme al espíritu. Así es como la justicia de la ley se cumple en nosotros —punto doce.

Definición de pecado

La única definición válida de pecado es la que provee la Palabra de Dios: el pecado es transgresión de la ley. Así lo confirma el Conflicto de los Siglos: el pecado es la manifestación exterior de un principio que impugna la ley de amor, fundamento del gobierno divino. El principio interior no es en sí mismo el pecado, aunque ambos están íntimamente relacionados: el principio es lo que causa el pecado, pero el pecado propiamente dicho es su manifestación externa.

Esta precisión es indispensable. El Espíritu de Profecía advierte que es necesario saber qué es el pecado para poder escapar de su poder. Un mensajero que llama al arrepentimiento sin señalar claramente que el pecado es infracción de la ley realiza una obra incompleta e ineficiente. Los evangélicos llaman a arrepentirse, pero sin referir la ley; por eso su predicación resulta incompleta. En la corporación adventista, por su parte, se ha introducido una definición alternativa: pecado como separación de Dios, lo que produce igualmente una concepción deficiente de la salvación.

Según Morris Venden, en su obra 95 tesis de la justificación por la fe —publicada por la Asociación Publicadora Interamericana—, el pecado singular consiste en vivir separados de

PECADO ES		
Transgresión	De la Ley (Moral)	1 Juan 3.4
No hacer	Lo bueno que se sabe	Sant 4.17
Comer sin fe Hacer sin fe	Sin amor al prójimo	Rom 14.23 (leer desde el 15)

Dios, y ese pecado singular da origen a los pecados, en plural, entendidos como la comisión de malas acciones. Esta es la posición oficial de la corporación. La ley condena la transgresión no solo en actos externos, sino también en los pensamientos acariciados y en las emociones consentidas. Jesús mismo enseñó que mirar con deseo a una mujer ya es adulterio, y que enojarse locamente con un hermano ya constituye homicidio en el corazón. Así, tanto el acto como el pensamiento o la emoción consentida representan quebrantamiento de la ley. Existe además distinción entre el pecado voluntario —cometido con conocimiento y por rebeldía— y el pecado por yerro, es decir, por ignorancia, debilidad, esclavitud o de forma involuntaria. Este último aspecto es precisamente el que Andreasen y Denis Priebe no aceptan, pues para ellos el pecado es la transgresión consciente y

PECADO ES	TRANGRESIÓN	DE LA LEY
Injusticia	¿Voluntaria?	¿Moral?
Maldad	¿Consciente?	¿Ceremonial?
Iniquidad	¿Con conocimiento?	¿Estatutos?
Rebelión	¿Incluye el deseo?	¿Preceptos?



naturaleza todos somos esclavos del pecado y de Satanás; no por decisión propia, sino por herencia. Adán y Eva sí decidieron, pero nosotros heredamos esa esclavitud sin haberla elegido. Por naturaleza somos tan débiles que no podemos hacer las cosas que quisiéramos. El fundamento bíblico lo da el Salmo 51:5: «En maldad nací yo, y en pecado me concibió mi madre.» Waggoner ilustra esta condición con el ejemplo del tullido de nacimiento: así como se

voluntaria de la ley de Dios. Si no hay conocimiento de la ley, en su sistema no hay pecado, lo que elimina el pecado por ignorancia, por debilidad, por esclavitud y el pecado involuntario.

La condición humana según Waggoner y Jones

Waggoner, fundamentado en la Biblia, enseña que es imposible para el hombre caído, con su poder debilitado, realizar un solo acto a la altura de la norma perfecta. El corazón humano, como señala Marcos 7, es malo en su interior: las cosas que una persona hace de forma natural son maldad, y el mal es parte del ser en lo íntimo. Nacemos malos. El mal es parte de la misma naturaleza del hombre y se hereda a través de una larga línea de antecesores pecaminosos. Waggoner afirma también que somos compelidos a pecar aún en contra de la voluntad, por el poder de las propensiones y los hábitos malos heredados y adquiridos. Esta es una enseñanza que se opone directamente a la posición de Andreasen y Priebe. Por

nace con una enfermedad física, se nace también esclavo del pecado y de Satanás.

El Espíritu de Profecía confirma este diagnóstico: en la vida de todo ser humano se manifiestan los resultados de haber comido del árbol del conocimiento del bien y del mal. Hay en su naturaleza una inclinación hacia el mal, una fuerza que solo, sin ayuda, él no puede resistir. Como un bebé no conoce a Cristo en el vientre de su madre, esa fuerza lo obliga desde antes de nacer a pecar —conforme al Salmo que dice que los impíos se apartaron desde la matriz. Las referencias de Elena de White hablan de una herencia de desobediencia, de culpa y de muerte, y señalan que la posteridad de Adán nació con propensiones inherentes a la desobediencia.

La palabra propensión —propensity en inglés— significa, según el diccionario de la época de Elena de White, inclinación de la mente, natural o adquirida; disposición hacia el bien o el mal, particularmente hacia el mal;

corrupción de la voluntad. Nosotros heredamos de Adán una propensión mental hacia la desobediencia, una tendencia de la voluntad hacia el mal. Cristo no la tenía, porque desde su concepción el Espíritu Santo tomó control de su mente y su voluntad. Por eso nosotros necesitamos nacer de nuevo: porque no nacemos como él nació.

Diferencia clave: Cristo no poseía la deslealtad voluntaria que nosotros heredamos

Una cita clave precisa en qué consiste la diferencia entre la naturaleza de Cristo y la nuestra: Cristo no poseía la misma deslealtad pecaminosa, corrupta y caída que nosotros poseemos. La deslealtad alude a una voluntad corrupta y rebelde heredada. Cristo no la traía porque nació del Espíritu: desde el momento de su concepción, el Espíritu Santo dominó su espíritu humano y lo preservó de esa propensión hacia el mal que todos nosotros heredamos.

Conclusión sobre la naturaleza pecaminosa

No somos pecadores porque pecamos, ni pecamos simplemente porque somos pecadores. Pecamos porque heredamos una concupiscencia que nos lleva cautivos a pecar. Heredamos una naturaleza caída, una voluntad corrupta, que nos obliga a pecar desde el vientre, aun antes de que exista decisión consciente alguna. Somos esclavos del pecado no por elección, sino por herencia. Andreasen, en su obra *La fe de Jesús* (1939), define el pecado como más que un acto: es un estado de la mente, una actitud, además de un acto externo. Esta

definición difiere de la que enseñaron Waggoner y Jones.

A quién envió Dios: la divinidad de Cristo como fundamento

Dos textos son clave para comprender a quién envió Dios. El primero es Romanos 8:3: «Lo que era imposible a la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne.» El segundo es Gálatas 4:4: «Venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito a la ley.»

Aquí surge otro punto de diferencia entre lo que predicaron Waggoner y Jones, lo que enseña la corporación y lo que sostiene Andreasen.

Waggoner, en su libro *Cristo y su justicia*, establece desde los primeros capítulos que el Verbo existía en el principio y que la mente humana no puede abarcar las edades contenidas en esa afirmación. No le ha sido dado al ser humano saber cuándo ni cómo fue engendrado el Hijo. Al final del capítulo 1 concluye que Cristo ha salido de Dios tan atrás en las edades de la eternidad que su origen está prácticamente más allá del alcance de la mente humana, apoyándose en Miqueas 5:2: «Sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.» Cristo, por tanto, es Hijo literal de Dios.

En el capítulo 2 afirma que el Hijo de Dios, teniendo existencia propia, posee por naturaleza todos los atributos de la deidad, por derecho de herencia, y que esto no es una realidad que comienza con la encarnación —como sostiene la corporación—, sino una realidad eterna. Cristo es Hijo de Dios por nacimiento, no por adopción como los creyentes ni

por creación como los ángeles, sino por literalidad.

En el capítulo 4 lo expresa con precisión: «Hubo un tiempo cuando Cristo procedió y vino de Dios, del seno del Padre, pero fue tan atrás en los días de la eternidad que para el entendimiento finito significa prácticamente sin comienzo. Es el Hijo único de Dios, posee por nacimiento todos los atributos de Dios, tiene vida en sí mismo, la vida inherente en él por herencia.» El objetivo declarado de estos capítulos es mostrar la posición precisa de igualdad de Cristo con el Padre, para que su poder para redimir sea mejor apreciado.

En otras palabras, Waggoner enseña que el poder redentor de Cristo solo puede ser comprendido cabalmente cuando se entiende correctamente su divinidad. Toda enseñanza del evangelio descansa sobre la deidad de Cristo —así lo expresa en su comentario a Gálatas—, y los apóstoles y profetas estaban tan impregnados de esta verdad que aparece por doquier en sus escritos.

La divinidad de Cristo en Jones y en el Espíritu de Profecía

Elena de White, describiendo el mensaje de Minneapolis de 1888, señala que los adventistas de ese tiempo habían perdido de vista a Jesús y necesitaban dirigir sus ojos a su divina persona, a sus méritos y a su amor inalterable por la familia humana. El mensaje de Waggoner y Jones tenía como propósito presentar en forma más destacada ante el mundo al sublime Salvador. Sus dos componentes inseparables eran: primero, presentar en forma destacada a Cristo; segundo, la justificación por la fe en el garante, que invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, justicia que se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios.

La conexión entre el pecado y la justicia queda así establecida con claridad: así como el pecado es la manifestación exterior de un principio interior de maldad heredado de Adán, la justicia de Cristo recibida por la fe se manifiesta exteriormente en obediencia a los mandamientos. El principio de injusticia heredado nos hace pecar; la justicia recibida por la fe nos hace obedecer.

Ato Jones, en el boletín de la Conferencia General de 1893, afirma: «¿Qué es el mensaje del tercer ángel sino Cristo? Cristo es el poder de Dios, las riquezas insondables de Dios, la justicia de Dios, la vida de Dios. Cristo es Dios. Tal es el mensaje que debemos dar ahora al mundo.» Y en el sermón 20 precisa: «Cristo es Dios mismo. Esto no es afirmar que son idénticos o un mismo individuo, sino que nadie puede conocer al Padre excepto el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Para el hombre, Cristo es Dios, y todo cuanto pueda conocer de Dios está en Cristo.» Waggoner, en su comentario a Gálatas, explica que creer en el nombre de Cristo es creer que él es el Hijo de Dios y que ha venido en carne humana, en nuestra carne, pues su nombre es Emanuel: Dios con nosotros.

El error adventista de 1888 y su repetición actual

¿Por qué tuvo Waggoner que dedicar cuatro capítulos de su libro a sentar la divinidad de Cristo ante un auditorio de ministros adventistas? Porque en el debate sobre la no trinidad, algunos pioneros —no todos— se fueron a un extremo incorrecto. Urías Smith es el caso más documentado: llegó a escribir que Cristo era un ser creado, en su libro *Looking Unto Jesus*, intentando demostrar que Jesús no era el mismo

Padre. Otros fueron tan lejos en su énfasis en que Jesús no era el Padre, que llegaron a sostener que no podía llamársele Dios. Esto generó que la gente perdiera de vista la divinidad de Cristo, lo que a su vez llevó a perder la justificación por la fe.

Dios envió entonces el mensaje de Waggoner y Jones para corregir ese error; no para introducir la Trinidad — como pretende falsamente la obra de Leroy Froom Movimiento hacia el destino—, sino para restablecer la correcta comprensión de la divinidad de Cristo: engendrado, no creado; poseedor de todos los atributos del Padre por derecho de herencia; llamado Dios en múltiples lugares de la Biblia; distinto del Padre en personalidad, pero igual en naturaleza.

Entre Cristo y el Padre no hay diferencia en naturaleza; lo único que los distingue es que uno es Padre y el otro es Hijo. Ambos trinitarios adventistas actuales y algunos antitrinitarios deforman hoy la divinidad del Hijo: unos añadiéndole lo que no es —la Trinidad—, otros restándole atributos que le corresponden por derecho de herencia, incluyendo el nombre de Dios.

Quienes niegan llamar a Jesús Dios están cometiendo el mismo error que los adventistas de 1888: están desviando su mirada de la divinidad de Cristo. Y como toda enseñanza del evangelio descansa sobre esa divinidad, el resultado necesario es una justificación predicada por las obras de la ley, aunque se afirme de palabra lo contrario.

Llamado a la reflexión y a la fidelidad al mensaje

La pregunta práctica que este análisis plantea es qué se está estudiando, qué videos se están viendo y qué material se

está compartiendo. La divinidad de Cristo, como afirmaron Waggoner, Jones y el Espíritu de Profecía, no es un tema separable del resto del evangelio: es su fundamento. Así como la levadura impregna toda la masa, la posición teológica sobre la divinidad de Cristo impregna toda predicación. No es posible aislar una enseñanza correcta sobre el sábado, por ejemplo, de una base cristológica incorrecta, porque todo lo que predica un mensajero lleva la impronta de su comprensión del evangelio.

Estimar en alta estima a predicadores que no descansan sobre la divinidad de Cristo tal como fue enseñada por Waggoner y Jones —sea en la corporación o fuera de ella— es beber de cisternas rotas. El llamado es a ir a las sendas antiguas, a estudiar y predicar el mensaje que Dios envió a su pueblo, a distribuir ese material y a cortarse definitivamente de todo vino de Babilonia, aunque sea en mínima proporción.

Este no es un regaño, sino un llamado a la reflexión. Muchas veces se desea el poder de Cristo, se espera la lluvia tardía, pero no se está apreciando en alta estima el mensaje que Dios envió. El camino es uno solo: concentrarse en el mensaje de Waggoner y Jones, estudiarlo, predicarlo y vivirlo; porque Cristo y su justicia, tal como fueron predicados por los mensajeros enviados por el Señor, es el mensaje del tiempo presente.

¿EN MANOS DE QUIÉN ESTÁ LA VIDA?

Por el anciano Freddy F. Bastidas
7 de Junio de 2026

Del Sopro de la Creación a la Esperanza del Creyente

"Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos." (Hechos 17:28)

Pocas preguntas son tan fundamentales como esta: ¿De dónde proviene la vida? La respuesta parece sencilla, pero las Escrituras la presentan como una de las verdades más profundas acerca de Dios y de nuestra dependencia de Él. Vivimos en un mundo que con frecuencia contempla la vida como algo común. Respiramos sin pensar en ello. Nos levantamos cada mañana sin detenernos a considerar quién sostiene nuestro corazón, quién conserva nuestro aliento y quién permite que continuemos existiendo. Sin embargo, la Biblia enseña que la vida no es una posesión independiente del ser humano. La vida es un don. Y todo don tiene un dador. Por eso, para comprender nuestra existencia, debemos comenzar donde comienza la Escritura: en el acto creador de Dios.

El Sopro que Dio Origen a la Vida

El relato de Génesis describe la creación del hombre con palabras únicas: "Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente." (Génesis 2:7) La vida humana no apareció por sí misma. El hombre podía tener forma. Podía tener estructura. Podía tener todos los elementos físicos necesarios. Pero mientras no recibiera el aliento de Dios, no había vida. La existencia humana comenzó cuando Dios comunicó vida. Por eso la

Escritura presenta constantemente a Dios como la fuente de toda existencia. Job declara: "El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida." (Job 33:4) Notemos cuidadosamente las palabras. No dice que el hombre se dio vida a sí mismo. No dice que la vida sea una propiedad inherente de la creación. Afirma que el Espíritu de Dios hizo al hombre y que el soplo del Omnipotente le dio vida. Desde el principio la vida pertenece a Dios. Proviene de Dios. Depende de Dios. Y permanece bajo la autoridad de Dios.

El Dios que Sostiene Todo

La Escritura no solamente enseña que Dios creó la vida. También enseña que Él la sostiene continuamente. Daniel dijo al rey Belsasar: "Al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste." (Daniel 5:23) La vida no permanece por sí misma. Cada respiración depende del poder sustentador de Dios. Cada latido. Cada instante. Cada día. David reconoció esta realidad cuando escribió: "En tu mano están mis tiempos." (Salmo 31:15) No existe criatura independiente del poder divino. Toda existencia descansa continuamente en Él. Por eso Pablo declaró: "Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos." (Hechos 17:28) La vida comienza en Dios. La vida permanece en Dios. Y sin Dios no existe vida.

Cuando la Vida Regresa a su Dueño

Si Dios es quien da la vida, también es lógico que la Escritura presente a Dios

como aquel a quien la vida regresa. Salomón escribió: "Y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio." (Eclesiastés 12:7) La muerte no es presentada como una transferencia de propiedad. Es el regreso de aquello que siempre perteneció a Dios. El polvo vuelve al polvo. Y el espíritu vuelve a Dios. El principio vital que Dios otorgó vuelve a las manos de Aquel que lo dio. Este principio aparece repetidamente a lo largo de la Escritura. Dios da. Dios sostiene. Dios recibe. Toda la vida humana se encuentra bajo su autoridad. Hasta aquí la enseñanza parece sencilla. Pero al avanzar en la revelación bíblica encontramos una verdad extraordinaria.

El Creador Revelado en el Nuevo Testamento

Cuando llegamos al Nuevo Testamento descubrimos que la obra creadora es atribuida repetidamente a Cristo. Juan declara: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho." (Juan 1:3) La afirmación es absoluta. No existe excepción. Todo lo creado fue hecho por medio de Él. Pablo añade: "Porque en él fueron creadas todas las cosas." (Colosenses 1:16) Y continúa: "Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten." (Colosenses 1:17) Cristo no solamente creó. Cristo sostiene. El universo permanece porque Él lo sustenta. Hebreos lo expresa de manera semejante: "Quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder." (Hebreos 1:3) El mismo que dio origen a la existencia mantiene la existencia. Nada escapa a su poder. Nada existe independientemente de Él.

El Autor de la Vida

La Escritura avanza aún más. Pedro llama a Jesús: "el Autor de la vida." (Hechos 3:15) Jesús mismo declaró: "Porque como el

Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida." (Juan 5:21) Y más adelante añadió: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo." (Juan 5:26) Estas palabras son extraordinarias. Cristo no es simplemente un transmisor de vida. La vida reside en Él. Por eso Juan escribe: "En él estaba la vida." (Juan 1:4) Y también: "El que tiene al Hijo, tiene la vida." (1 Juan 5:12) La vida eterna no se encuentra separada de Cristo. La vida eterna se encuentra en Cristo.

Una Escena que Lo Cambia Todo

Con este trasfondo llegamos a una de las escenas más solemnes del Nuevo Testamento. Un hombre está a punto de morir. No se encuentra en una cama rodeado de familiares. No está pronunciando sus últimas palabras en paz. Está siendo apedreado. Su nombre es Esteban. Y mientras las piedras golpean su cuerpo ocurre algo extraordinario. El relato dice: "Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios." (Hechos 7:55) Observemos cuidadosamente. Esteban estaba lleno del Espíritu Santo. No se encontraba confundido. No estaba expresando una idea equivocada. Estaba contemplando una visión dada por Dios. Ve al Padre. Ve al Hijo. Y entonces pronuncia una oración sorprendente: "Señor Jesús, recibe mi espíritu." (Hechos 7:59)

La Importancia de la Oración de Esteban

A primera vista estas palabras pueden pasar desapercibidas. Pero cuando recordamos todo lo que la Biblia ha enseñado hasta este momento, adquieren una importancia enorme. Eclesiastés había dicho: "el espíritu vuelva a Dios que lo dio." Job había dicho:

"El sople del Omnipotente me dio vida."
Génesis había mostrado a Dios comunicando vida al hombre. Y ahora Esteban entrega su espíritu al Señor Jesús. ¿Por qué? Porque el mismo Cristo que creó es el mismo Cristo que sostiene. El mismo Cristo que da la vida es el mismo Cristo que puede recibirla. Esteban está confiando su existencia eterna al Señor. No a una criatura. No a un profeta. No a un ángel. Al Autor de la vida.

El Eco de Otra Oración

Existe además un detalle notable. Las palabras de Esteban recuerdan las palabras pronunciadas por Jesús en la cruz. "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." (Lucas 23:46) Jesús entregó su espíritu al Padre. Y Esteban entrega su espíritu al Señor Jesús. No se trata de competencia entre el Padre y el Hijo. Se trata de la perfecta armonía de la obra divina. El mismo Cristo que dijo: "Yo y el Padre uno somos." (Juan 10:30) es el mismo Cristo en quien Esteban deposita toda su confianza. El Poder Creador y la Nueva Creación
Pero esta verdad no pertenece únicamente al pasado. Tiene implicaciones para nuestra experiencia presente. La Biblia presenta la salvación como una nueva creación. "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es." (2 Corintios 5:17) Y también: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús." (Efesios 2:10) El evangelio no consiste simplemente en mejorar a una persona. Consiste en recrearla. El mismo poder que creó el universo es el poder que transforma el corazón. Por eso quitar a Cristo de la creación termina debilitando la comprensión de la redención. Si Él puede crear un mundo, puede crear un corazón nuevo. Si puede llamar a la existencia lo que no existe, puede transformar al pecador. Si puede sostener galaxias, puede sostener al creyente.

La Esperanza de la Victoria

Aquí encontramos una de las mayores esperanzas del evangelio. Con frecuencia observamos nuestras debilidades y sentimos que ciertas luchas son imposibles de vencer. Pero la pregunta correcta no es: ¿Puede el hombre? La pregunta correcta es: ¿Puede Cristo? Y la Escritura responde una y otra vez. Sí puede. El Cristo que creó todas las cosas puede. El Cristo que sostiene todas las cosas puede. El Cristo que venció la muerte puede. El Cristo que recibe a sus hijos puede. Por eso Pablo declara: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece." (Filipenses 4:13) La confianza del creyente no descansa en sí mismo. Descansa en el poder de Cristo obrando en él.

Lecciones para Nosotros

La historia de Esteban nos conduce nuevamente al principio de todo. La vida procede de Dios. La vida es sostenida por Dios. La vida vuelve a Dios. Y las Escrituras revelan que Cristo participa plenamente en esa obra. Él es el Creador. Él es el Sustentador. Él es el Autor de la vida. Él es la Resurrección y la Vida. Por eso Esteban pudo confiarle su espíritu. Y por eso nosotros podemos confiarle nuestra existencia, nuestra salvación y nuestro futuro. Nuestra esperanza no está en nuestra capacidad. No está en nuestra fuerza. No está en nuestra justicia. Está en Cristo. El mismo Cristo que creó al hombre. El mismo Cristo que recibe a sus hijos. El mismo Cristo que un día llamará nuevamente a los muertos desde sus tumbas. La muerte no tiene la última palabra. El pecado no tiene la última palabra. La debilidad humana no tiene la última palabra. Cristo tiene la última palabra. Y porque Él tiene la última palabra, también tiene nuestra esperanza.
F. F. B.

EL PRIMER MÁRTIR CRISTIANO

Migdalia Carpio



El Primer Mártir Cristiano

Estudio de la Lección Número Nueve — Hechos 6–8

«Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado.» — Hechos 7:60

I. El Capítulo Seis de Hechos: Organización y Acusación

El sexto capítulo de los Hechos de los Apóstoles trata sobre la organización de la Iglesia primitiva para el servicio. Una queja surgida entre los hermanos helenistas —convertidos de habla griega— dio origen a la elección de los siete diáconos: estos señalaron que sus viudas no recibían la misma atención en el reparto diario de alimentos que las viudas hebreas. Ante esto, los apóstoles resolvieron que no les correspondía abandonar la predicación y la oración para ocuparse de las mesas, y procedieron a designar a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo.

Entre los elegidos se encontraba Esteban, junto a Pármenas, Nicanor, Nicolás, Próculo y otros. Al final del mismo capítulo, Esteban —que realizaba grandes prodigios y señales entre el pueblo y se distinguía por su capacidad de defender la doctrina— fue acusado falsamente y arrestado.

II. La Prominencia de Esteban

Según Hechos 6:8-10, Esteban estaba lleno de gracia y de poder, y realizaba grandes prodigios y señales entre el pueblo. Miembros de diversas sinagogas —de los libertos, de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y de Asia— disputaron con él, pero ninguno pudo resistir a la sabiduría y al

espíritu con que hablaba. Era, además, un hombre cuyo rostro resplandecía como el de un ángel, según refieren los Hechos de los Apóstoles en su capítulo once, hecho que se registra precisamente después de que fuera acusado falsamente, en el versículo quince del capítulo seis.

III. Ante el Concilio: El Discurso de Esteban Su actitud ante la acusación

Conducido ante el concilio bajo cargos falsos, Esteban no empleó sus palabras en la propia defensa. Lleno del Espíritu Santo, aprovechó la oportunidad para presentar la historia de Israel, señalando a Cristo como su culminación. Su discurso, recogido en el capítulo siete de Hechos, hace referencia a figuras centrales de la historia del pueblo: José y Moisés, presentados como tipos de Cristo.

José fue enviado por Dios a Egipto para salvar del hambre no solo a su propio pueblo, sino también a las naciones vecinas; sin embargo, sus propios hermanos intentaron matarlo, y solo la intervención divina hizo que optaran por venderlo. Moisés, enviado para libertar al pueblo, fue rechazado al inicio por ese mismo pueblo: cuando intentó mediar en una disputa entre dos israelitas, uno de ellos le respondió: «¿Quién te puso por juez y líder sobre nosotros?». De igual modo, señalaba Esteban, los líderes religiosos de Israel habían rechazado y dado muerte a Jesús, enviado por Dios para salvar a la humanidad del pecado.

La acusación final

Esteban concluyó su discurso con una acusación directa, conforme al texto de Hechos 7:51-53:

«Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos: vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres hicieron, así también hacéis vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que antes anunciaron la venida del Justo, del cual vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores; que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis.»

En estas palabras se distinguen tres acusaciones: terquedad de corazón; resistencia al Espíritu Santo, a pesar de los milagros, las conversiones y las señales que tenían ante sus ojos; y responsabilidad directa en la muerte de Jesucristo, tal como sus padres habían perseguido y matado a los profetas. Esta misma acusación había sido formulada también por Jesús ante los fariseos, y reiterada por Pedro y Juan cuando fueron llevados ante las autoridades.

IV. Quien Hablaba por Esteban

Jesús había prometido a sus discípulos que, al ser entregados ante jueces, no debían angustiarse por lo que habrían de decir, pues no serían ellos quienes hablasen, sino el Espíritu de su Padre (Mateo 10:19-20). Esteban, lleno del Espíritu Santo y con los ojos puestos en el cielo mientras veía la gloria de Dios y a Jesús de pie a su diestra (Hechos 7:55), fue instrumento del Espíritu Santo en esas acusaciones. No habló por iniciativa propia, sino impulsado por el mismo Espíritu que lo llenaba; por eso no omitió nada de lo que pudiera molestar a los dirigentes y jueces presentes.

Esta consideración responde a la pregunta de por qué Esteban insistió en acusar a aquellos que ya se mostraban airados por dichas acusaciones: era el Espíritu Santo quien lo impulsaba, con un propósito que quizás Esteban mismo no comprendía plenamente en aquel momento. Más adelante se vería que personas presentes en aquella escena llegarían a destacar en el movimiento de los discípulos de Cristo.

V. La Reacción del Concilio y el Martirio

La reacción del concilio

Al escuchar las palabras de Esteban, los miembros del concilio fueron heridos en sus corazones y rechinaron los dientes contra él (Hechos 7:54). La expresión «rechinar los dientes» denota ira extrema y un corazón endurecido. Su reacción no fue fruto de la ignorancia sino de la rebeldía: sabían que las palabras de Esteban eran ciertas, pero endurecieron aún más sus corazones en lugar de arrepentirse.

La visión de Esteban

En ese instante, Esteban, lleno del Espíritu Santo, puso los ojos en el cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios. Esta visión le dio valor y paz en medio de la tormenta de odio. Declaró: «He aquí, veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios» (Hechos 7:55-56). Para quienes negaban la resurrección o no aceptaban a Jesús como Hijo de Dios, estas palabras resultaban insoportables y constituían una blasfemia, la misma que había motivado la condena de Jesús.

El apedreamiento

La multitud, dando grandes voces y tapándose los oídos, se lanzó unánime contra Esteban, lo sacó fuera de la ciudad y comenzó a apedrearlo. Los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven llamado Saulo. Mientras era apedreado, Esteban invocó al Señor diciendo: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» (Hechos 7:59). Finalmente, puesto de rodillas, clamó a gran voz: «Señor, no les imputes este pecado» (Hechos 7:60). Dicho esto, se durmió.

La nota de que «se durmió» expresa su perfecta indiferencia ante todo lo que ocurría a su alrededor y la paz absoluta de su alma. La multitud aullaba de rabia; las piedras golpeaban su cuerpo; y en medio de todo ese tumulto, Esteban se durmió plácidamente. En ningún momento había pensado en sí mismo: no se esforzó por defenderse, no acusó a sus verdugos, no expresó temor. Sus palabras finales repitieron las de Jesucristo en la cruz, quien también pidió

perdón por quienes lo crucificaban. Solo el espíritu de Cristo puede producir tal amor por los enemigos.

Cabe señalar que el apedramiento de Esteban marca, en la interpretación profética de la lección, el fin de las setenta semanas determinadas para el pueblo de Israel en la profecía de las 2.300 tardes y mañanas de Daniel 8-9. A partir de ese momento, la consideración de la nación judía como pueblo de Dios en sentido colectivo llegó a su fin; de allí en adelante, cada individuo decidiría su caso ante Dios de modo personal, no como parte de una nación escogida.

VI. Saulo: El Perseguidor

El joven Saulo, a cuyos pies los testigos depositaron sus ropas, consintió en la muerte de Esteban (Hechos 8:1). Aquel mismo día comenzó una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén, que obligó a sus miembros a dispersarse por las tierras de Judea y Samaria, a excepción de los apóstoles. Saulo lideró esa persecución con singular violencia: entraba en las casas, prendía a varones y mujeres, y los entregaba a la cárcel (Hechos 8:3). Él mismo reconoció más tarde que había encerrado a muchos santos, que había dado su voto contra ellos cuando los condenaban a muerte, y que en sus castigos por las sinagogas los forzaba a blasfemar (Hechos 26:10-11; Gálatas 1:13).

Su motivación no era la maldad deliberada, sino la ignorancia unida a un celo religioso mal dirigido: creía sinceramente que defendía la ley de Dios al destruir a los seguidores de Jesús. Su ira, según sus propias palabras, no era propiamente contra la iglesia, sino contra Jesús de Nazaret (Hechos 26:9). Había estudiado a los pies de Gamaliel y compartía las dudas de este respecto a Jesús, persuadido por el discurso de los dirigentes de que era un falso Mesías. Por eso, cuando Jesús se le apareció en el camino a Damasco y le preguntó «¿Por qué me persigues?», la pregunta era completamente pertinente: su ira real era contra él.

VII. La Persecución como Instrumento de la Providencia

La persecución liderada por Saulo no logró suprimir el evangelio. Por el contrario, quienes fueron esparcidos pasaban por todas partes evangelizando la palabra (Hechos 8:4). Lo que pretendía ser la extinción de la iglesia de Jerusalén resultó en su expansión hacia Judea, Samaria y más allá. Satanás pensó apagar el fuego que ardía en Jerusalén; en cambio, esparció sus antorchas por todas partes. Si los discípulos se hubiesen quedado en Jerusalén, habrían corrido el riesgo de estancarse; la persecución cumplió, sin saberlo, el plan de Dios. La iglesia es la sal de la tierra, y la sal no sirve si no entra en contacto con aquello que necesita conservarse.

Saulo, sin proponérselo, ayudó enormemente a la causa que pretendía destruir. El mismo versículo de 2 Corintios 13:8 —«Nada podemos contra la verdad, sino por la verdad»— expresa la conclusión de todo este relato: la verdad de Dios no puede ser detenida. Aunque el enemigo mueva sus piezas con experiencia y determinación, Dios dirige los hilos de la historia y cumple su voluntad. Las pruebas, persecuciones y dispersiones —incluso las más dolorosas— sirven, en la providencia divina, para esparcir el evangelio. Quienes viven situaciones difíciles pueden encontrar en esta historia el fundamento para no desanimarse: Dios utiliza todas las cosas para bien.

La historia de Esteban es, por un lado, dolorosa: un hombre íntegro, lleno del Espíritu Santo, murió a manos de quienes no quisieron asumir la verdad que él proclamaba. Por otro lado, es una historia de transformación y providencia: aquel Saulo que guardó las ropas de los que apedreaban a Esteban se convirtió después en uno de los mayores apóstoles del evangelio de Cristo. El Señor puede cambiar los corazones y cumplir sus propósitos a pesar de —y a través de— los actos de quienes se le oponen.



AntorchaProfetica.site

LA VERDAD PRESENTE

ESTUDIOS BÍBLICOS



¡NUEVO LIBRO!

*Los Estudios Bíblicos de los
Pioneros...*

Ahora en Español

Solicítalo **GRATUITAMENTE**
al +34.650.86.38.11

